

SOBRE ARKHANA

Mientras escribo estas líneas aún no me lo acabo de creer muy bien.

Y es que este libro que ahora tienes entre manos sigue creciendo a pasos agigantados, con la constancia de una tortuga eterna que se dirige con hambre hasta ese trozo de ensalada en el infinito. Deseo que llegue a comérselo pero que tarde, porque son muchas las cosas que todavía quedan por contar y pocos los años de vida de éste, su autor.

Nada me halagaría más que tú, su lector, disfrutara con cada una de las experiencias de estos jóvenes, descubridores junto a ti de un nuevo mundo. Este mundo que como se verá enlaza con el nuestro, el “real”, y que nos habla de una realidad desaparecida, quizás imaginada, quizás mito.

Pero hablemos un poco más del libro y de cómo ha ido avanzando a través del tiempo.

En el año 2006 me encontraba en cierta cafetería con un café solo con hielo en mis manos divagando sobre el proyecto final de carrera en mi Universidad. Entonces, de repente y sin pleno aviso, llegó a mi mente Kizo, un mundo necesario, hilvanado por los entresijos de los problemas entre el Bien y el Mal. ¿Por qué vino aquella idea? No lo sé. El caso es que cuando llegó, mi mente no paró de pensar en otra cosa.

Vino un amigo, Bert, que después se convirtió en Danvor y a quien debo agradecer dicho personaje. La casualidad o el azar hizo que le gustara la idea loca de su amigo y juntos empezamos a imaginar el inicio de todo. ¡Desde aquí muchas gracias!

Desde aquel fatídico año son muchas las cosas que han cambiado, algunas buenas, otras no tanto, pero que al final han transcurrido durante el descubrimiento de esta nueva tierra, poblada y viva en mi propia imaginación.

Espero que a partir de ahora hagamos el viaje juntos, vosotros y yo mismo, y nos sorprendamos a la vez como me pasa cuando leo un nuevo capítulo de mi propia mente hacia el destino final.

¡Un saludo y gracias a todos!

Por todos aquellos que confiaron y que siguen haciéndolo,
Que están o que se han ido,

SILVANO GIL

Mientras caminas sobre baldosas antiguas tienes la sensación de encontrarte en un lugar lleno de misterios. Miras, y en todas direcciones encuentras lo mismo. Un paisaje desolador de casas abandonadas, como si nunca antes ese pueblo hubiera tenido vida.

Has llegado de muy lejos a ese recóndito punto de España en el que la fantasía se mezcla con la realidad, y los mitos encuentran su consistencia.

Aragón es una de las comunidades con menor población de España. Numerosos pueblos abandonados crecen como hongos por sus laderas y montañas; dejando entrever que su historia ya es un hecho del pasado. Algunos castillos devastados aderezados por monasterios silenciados devoran este paisaje rural.

Pero eso ha dejado ya de importarte.

Has venido a verlo a Él. La única persona que lo sabe todo. La única que te puede dar una pista de tu camino a seguir.

Como si previera tu ser, una solitaria chimenea empieza a humear entre el desolado paisaje. Parece que después de todo vas a tener suerte.

Te diriges con paso firme y decidido hacia la casa presuntamente habitada; pero, conforme tu cuerpo avanza, tus pasos se vuelven más cortos y silenciosos. Como si no quisieras perturbar la quietud. Tú no perteneces a este sitio. Debes ser silencioso.

La puerta está abierta. Sin embargo llamas, aunque no esperas respuesta.

Él está ahí mismo.

Tan cerca que podrías tocarle. Pero su mirada te aleja de ese pensamiento. Bajas la vista al suelo; mirarlo te produce un resquemor tan grande...

—¿Quién eres?

No te conoce. Eso debería asustarte pero no es así. ¿Por qué?

Él lo sabe todo. Pero si no te conoce es porque no existes. Sin embargo estás ahí mismo, a su lado. ¿Quizás no sea Él? No, está claro que es Él. No hay nadie más.

Buscas en tu mochila y sacas el pequeño cuaderno roído y desgastado. Se lo entregas sin mediar palabra, aunque te cuesta dárselo. Tanto

como a una persona con ganas de vivir a la que le arrebatan el último aliento.

Él ya no habla. Él sabe por lo que has venido.

Atiza el fuego de la chimenea mientras lo observa bailar en los leños.

Y empieza a narrar.

EL CHICO, EL MURO Y LA SOMBRA



—Danvor, ¿en qué piensas?

El chico oyó a su amiga mientras el frescor de la noche comenzaba a calar en sus huesos. Una lechuza cruzaba el aire y volaba hacia el muro sin desviarse.

Danvor se la imaginó engullida por la Oscuridad, muerta. Pero nada de eso pasó. Sencillamente, la lechuza se desvaneció en la noche tapada por el muro.

Elissa miró en la misma dirección que Danvor.

—¿Qué ocurre? Estás muy raro... —le miró con aire de preocupación aunque Danvor sabía que Elissa tendía a dramatizar todas las situaciones.

—El otro día observé a Hervos sentado en la cima del muro. Estaba mirando hacia fuera.

La niña no parecía entender pero la mirada de su amigo la conocía más que de sobra.

—No te dejaré intentar pasar el muro Danvor. ¡Sabes que Hervos nos cogería y nos comería las entrañas!—la chica miró asustada en todas direcciones, como si el guardián del muro pudiera haberla oído y se dirigiera hacia ella para atraparla.

Danvor dibujó una media sonrisa en su cara mientras contenía una débil carcajada.

—¡Creo que Hervos se moriría si te comiera con esa larga melena que tienes!

La chica lo miró enfadada y le dio un empujón. Danvor rodó un poco por la colina entre risas. Los chicos siguieron jugando durante largo rato, divertidos, hasta que Elissa se dio cuenta de la hora que era y decidieron irse a casa. Sus padres deberían estar preguntándose dónde narices estaban...

A la mañana siguiente, Danvor no podía quitarse de la cabeza el muro. Toda la vida su padre le había dicho que fuera del muro no había nada. Sólo problemas.

Danvor nunca había desconfiado de su padre pero no podía creer que si una lechuza podía pasar el muro él no pudiera.

Las clases en casa de la señora Norton se le habían antojado realmente aburridas, no paraba de hablar del maestro Aldaleon y de su lucha junto a los grandes magos contra la Oscuridad. No es que a Danvor no le gustara escuchar historias sobre la Gran Guerra sino que la señora Norton podía convertir cualquier cosa que resultara divertida en algo verdaderamente aburrido. Era una cualidad que poseía aquella cincuentona obesa. Y el chico sabía que había sido elegida para dar clase a los chicos del pueblo precisamente por eso. Para atormentarlos.

A la salida, Elissa y él hicieron como tantas veces el camino de vuelta a casa. Observaron desde la casa de la señora Norton el muro en la lejanía y esa neblina que impedía ver lo que había más allá. Elissa no quitaba la vista de la neblina.

—Si lo hacemos... ¿cuándo sería?— la niña lo miró seria y decidida.

—He observado a Hervos desde la distancia bastantes noches. Suele quedarse en una zona del muro en la penumbra a descansar.

—Entonces, cuando descansen vamos por el otro lado del pueblo. No llegará a tiempo.

—No es tan fácil. No sé cómo lo hace pero detecta a todo el que se acerca y tiene una velocidad extraordinaria.

La chica oyó sorprendida a Danvor.

—¡Pero si el muro rodea al pueblo! No puede ir tan rápido.

—No sé cómo lo hace, Elissa. Pero lo hace. —Danvor miró a Elissa y una sonrisa animó a la chica—. Pero como dice mi padre: Para todo problema existe una solución —dijo Danvor, imitándolo.



—Lo único cierto es que tu padre nunca ha intentado atravesar el muro.

Hicieron el resto del camino en silencio. Pensativos.

Danvor dormía plácidamente en su cama soñando con una especie de hombres llamas que bailaban al compás del fuego. Hubiera jurado que aquellas personitas ígneas podían hablar porque emitían pequeños crepi-

tares. Se despertó sobresaltado para ver a su padre sentado en su cama mirándole.

—Hervos me ha dicho que has estado estos días muy cerca del muro. El chico se sobresaltó pero intentó disimularlo.

—No muy cerca papá. A veces vamos con Elissa y recogemos setas pero intentamos permanecer alejados. —Mintió Danvor. Por suerte, su padre pareció creerle pues le dedicó una sonrisa.

—No tengo porqué desconfiar de ti, hijo. ¿Qué tal con Elissa?

—Bien.

—Me alegro. ¿Haces todos los deberes que te manda la señora Norton?

—Lo intento pero son muy aburridos.

El hombre se levantó aparentemente divertido por lo que había dicho su hijo e intentando vagamente ocultarlo.

—Papá...

—Sí, Danvor.

—¿Dónde están los otros magos? Los que lucharon al lado del maestro Aldaleon.

—Murieron hijo, peleando contra la Oscuridad.

—Y... —Danvor titubeó— ¿de dónde surgió la Oscuridad?

—¿No os explica nada la señora Norton? —Su padre lo miró interrogante.

—Sí... nos explica muchas cosas. Pero siempre llega a las mismas partes de la historia y después sólo dice que Aldaleon creó el clan y edificó el muro para protegernos. No dice cómo llegó ni nada... —las palabras de Danvor emergían rápidas de su boca, como si fueran vomitadas.

—Definitivamente te estás haciendo mayor hijo. Te prometo que el día que cumplas diez años te explicaré más.

—¿Por qué no me lo explicas ahora? —dijo Danvor, visiblemente afectado por sus dudas.

—¿No puedes esperar una semana?

—Sí, papá.

Y oyendo esto Giran Aldaleon abandonó la habitación de su hijo mientras sentía el corazón latir fuerte en su pecho. Danvor se quedó a solas y le costó poco volver a conciliar el sueño. Los hombrecillos ígneos le volvieron a saludar en sus sueños como si le hubieran estado esperando largo rato.

Giran salió a pasear, pensativo. Era la última semana al lado de su hijo y no se había atrevido a contarle nada. Quería prepararle para lo que estaba por venir, contarle el porqué de todas las cosas, su destino y el de su clan; pero, sencillamente, algo en su interior le decía que cuando se lo dijera dejaría de ser un niño. Y quería que lo fuera el máximo tiempo posible.

Pasaron tres largos y calurosos monótonos días hasta que Elissa y Danvor hubieron terminado de concebir el plan para saltar a través del muro y ver lo que había más allá. El plan consistía en avivar un pequeño fuego en uno de los laterales del muro para que Hervos se descuidara apagándolo mientras los chicos pasaban por el otro lado del pueblo. Decidieron hacer unos pequeños socavones en los laterales para que sirvieran de cortafuegos, no fuera el caso de que las llamas se convirtieran en algo peligroso. Finalmente, Elissa elevó una cerilla encendida a la altura de la cabeza de Danvor mientras éste asentía. Sus corazones palpitaban al unísono, aunque el de cada uno lo hacía por motivos diferentes al del otro.

—¿Crees... —Danvor titubeaba— que funcionará?

—Basta con que lo creamos, es lo que dice mi padre.

—Yo lo creo.

—Entonces, no hay nada más de que hablar —Elissa alargó la mano hacia el chico, quien la cogió tímidamente.

Durante unos instantes ambos se miraron y el tiempo no pasó. Los ojos rojos de los chicos centelleaban ante el débil crepitar de la cerilla. Y Elissa la soltó.

La cerilla comenzó a caer sobre la pila ordenadamente amontonada y los jóvenes esperaron a que el fuego se extendiera. Como si de una orden se tratara, el fuego se apoderó de los leños, que comenzaron a humear y quejarse. La carrera no se hizo esperar y se precipitaron hacia el otro lado del pueblo con las manos aún unidas.

Entre las penumbras y tras varios minutos de carrera llegaron al muro, a una de las zonas escogidas, por la oscuridad y la maleza cercana, que hacía complicada la visibilidad. Hervos no tendría ninguna posibilidad de verlos. Lo habían conseguido.

Justo cuando comenzaron a trepar vieron su figura acercarse entre la maleza. Su bastón de roble en la mano y sus ropajes rojos y negros en formato de larga túnica.



Era el guardián.

—No deberíais ni siquiera haberlo intentado, niños. El menosprecio con el que arrastraba las palabras asustó a Elissa pero no así a Danvor, que intentó seguir trepando.

—Lo siento, señor... —Ni el cuello de su camisa había escuchado a Elissa, que notó como unas tímidas lágrimas iban a comenzar a brotar. Aún se encontraba al lado del muro, mientras su compañero ascendía lentamente.

Hervos dirigió su mirada al chico.

—Contaré hasta tres, Danvor Aldaleon. —Su mirada fría hubiera helado a Danvor si éste se hubiera dignado a volverse para verla.— Y solo hasta tres.

—Por favor, Danvor, ¡baja!—Elissa estaba terriblemente asustada. El guardián parecía una persona terrible.

Danvor dudó unos instantes, volvió la cabeza hacía su amiga y la vio pálida. No podía hacerle eso. No podía abandonarla allí junto al guardián.

El chico bajó, cabizbajo, consciente de que lo iban a castigar bastante tiempo.

Hervos se relajó y quitó su mano izquierda del mortífero puñal que escondía bajo su túnica...

—No esperaba esto de ti, hijo. Me has defraudado.

Su padre no hacía falta que se lo dijera. Solo por el tono de su voz Danvor sabía que estaba realmente molesto con él.

Hervos había llevado a la pareja a sus respectivos hogares y, sin decir nada, los había abandonado a sus puertas. Cuando Danvor había pasado el umbral había deseado que su padre no supiera nada pero eso no había sucedido, no solo sabía que habían intentado traspasar el muro sino que alguien le había comentado la fabulosa maniobra de distracción que habían realizado con la pequeña fogata. Bien pensado no había sido una gran maniobra ya que habían sido descubiertos, pero la idea había sido realmente buena. A veces solo una buena idea podía resolver un problema, y ésta había sido de las mejores para éste.

—¿Qué pensabas hacer? ¿Huir? —Los ojos de Giran miraban a su hijo con preocupación.

—No, padre —dudó—. Sólo ver por mí mismo qué hay más allá.

—Ya lo sabes.

—No lo sé. —Tan tajante fue que Giran solo pudo apretar su puño con fuerza.

—¿Acaso dudas? ¿Crees que te ocultamos algo?

—No es lo que crea padre... —La pausa se hacía eterna para Giran—. Es que siento que hay algo que tengo que ver, que mi destino está más allá de este pueblo.

Danvor esperó a ver a su padre colérico y cerró los ojos mientras esperaba para afrontar su castigo. Nadie habló durante unos instantes y el chico volvió a abrir los ojos. Giran estaba de pie, con mirada seria.

—Ven. Tengo algo que enseñarte.

Padre e hijo habían caminado en silencio por medio pueblo cuando Giran paró enfrente del mismo templo Aldaleon. El templo de piedra se erigía en conmemoración al maestro del clan y se decía que fue el primer punto de defensa que creó Aldaleon en el pueblo. También había sido su residencia, aunque ahora cumplía la misión de ser lugar de culto para la gente que quisiera rendir homenaje a su maestro.

Danvor no había abierto la boca en todo el camino. Se encontraba con una sensación extraña, un raro hormigueo le recorría el cuerpo. Su padre parecía más serio de lo habitual, pero Danvor había notado que había estudiado sus movimientos desde que habían salido de casa.

De repente, dos figuras emergieron de entre las columnatas del templo y Danvor rápidamente reconoció la larga cabellera pelirroja rizada de Gina, otra de las chicas del pueblo. La otra figura era el padre de Gina, Araíz. Danvor intentó ir a saludar a la chica pero ella estaba muy pálida, casi asustada. Giran paró a su hijo y le hizo un gesto con la cabeza para que los dejara irse sin mediar palabra.

Gina miró a Danvor y en su cara el chico solo vio miedo. Las dos figuras se perdieron camino abajo en dirección a su casa.

—Nos toca, hijo.

Danvor entraba en el templo con la mirada de Gina aún clavada en su mente. ¿Qué podía haber asustado tanto a la chica? Conocía a Gina y sabía que aparte de ser una chica exageradamente inteligente y estudiosa nunca había llorado ni mostrado miedo ante nada. Era la delegada y



siempre era la elegida para intermediar entre los alumnos y la profesora Norton. Quizás que Gina se hubiera asustado por algo que había en el templo había convertido el hormigueo anterior en un miedo irracional que Danvor intentaba mantener a raya. No quería parecer un miedica y menos en presencia de su padre.

—... Aldaleon defendió su hogar y el de todos nosotros a costa de su propia vida. —Su padre había comenzado a explicarle algo y Danvor se reprendió por no haber estado más atento. Giran proseguía— Y nos legó este templo, y con él un legado aún máspreciado.

Danvor observó y esperó pero su padre no prosiguió. Giran caminó hacia la salida del templo y en el umbral se dio media vuelta.

—Confío en ti. Confía en ti mismo.

Las puertas del templo se cerraron de golpe sin que su padre hubiera hecho nada para cerrarlas. Danvor se quedó solo en la oscuridad de la noche en aquél templo frío y solitario.

Tan solo habían pasado unos minutos pero al chico pelirrojo le parecieron horas. Sentado en uno de los fríos bancos de piedra esperaba en el más absoluto silencio mientras sus ojos se adecuaban al entorno. Su padre debía tener alguna razón por la que le hubiera traído aquí en mitad de la noche y algo dentro de él le decía que era muy importante. Aparte, el hormigueo no solo no se había desvanecido sino que se había acentuado por todos los poros de su cuerpo convirtiéndolo en algo casi imposible de soportar.

De repente, Danvor notó un extraño movimiento en las sombras casi imperceptible. Era como si una sombra se alargara a partir del banco de piedra. Cerró los ojos y contó hasta tres, después los volvió a abrir. Solo era su imaginación. No había nada raro en la sombra que realizaba el banco de piedra. Sonrió para sí y la sonrisa quedó congelada en su cara.

En medio del templo una sombra se levantaba sobre sus patas. Hecha de una oscuridad mayor que las sombras del edificio, destacaba por su negrura infrahumana. No debía medir más de un metro y su figura parecía la de un insecto humanoide con antenas. En lo que debía ser su rostro, dos ojos grandes y redondeados de morado intenso no quitaban la vista de Danvor.

Mientras el chico intentaba comprender y dar una explicación lógica a su visión la sombra atacó. Se lanzó sobre sus patas traseras mientras unas

garras de oscuridad se dirigían a la garganta del joven. El sonido de la criatura era parecido a un susurro. “Espeluznante”, pensó Danvor mientras su cuerpo realizó un movimiento automático a la izquierda de donde había errado su ataque la criatura. La sombra volvió al ataque pero Danvor sabía que él era más rápido. Saltó por encima de un banco y la sombra se emplastó contra el respaldo.

El pelirrojo se lanzó a la carrera hacía la puerta de salida mientras trataba de calcular en cuánto tiempo le alcanzaría la criatura si las puertas no cedían a su empuje. Chocó contra la puerta de doble batiente sin que ésta se moviera ni un centímetro. Giró sobre sí mismo. Sin salida posible, la criatura le cerraba el paso mientras se acercaba con movimientos casi sinuosos pero calculados. No iba a dejarlo ir. Danvor vio cómo la blasfemia oscura se lanzaba por última vez. Quizás le arrancarían la garganta y todo acabaría antes de que se diera cuenta.

El hormigueo se apoderó de él. Su cuerpo se tensionó como nunca antes lo había hecho y una luz ominosa salió por todos los poros de su cuerpo. Danvor pudo oír cómo los sonidos de susurros se convertían en algo parecido a gritos y la sombra explotó sin dejar el más mínimo rastro de su existencia.

Tras esto, el chico cayó sobre el frío suelo del mausoleo abandonándose al sueño.



